

Giovanni

Supe lo de Giovanni por el mensaje de un colega y amigo que había hecho su doctorado en la Católica de Valparaíso. Y fue un golpe. Como suele pasar, al principio la incredulidad. Después, la certeza. Mi recuerdo de Giovanni es la de su risa y su pasión. Ponía pasión e inteligencia en todo lo que hacía. Había en él mucho de eso que el tópico le atribuye a la cultura italiana: creatividad, ímpetu, una personalidad expansiva que llenaba el espacio público y académico. En los congresos, Giovanni argumentaba, discutía, se acaloraba. Defendía sus puntos y atendía a los ajenos. Proponía ideas, rebatía, asentía, disputaba. En eso, como en tantas otras cosas, era el modelo de cómo uno imagina que debe ser un académico, un investigador de tomo y lomo.

Dirigía y participaba en múltiples proyectos; escribía y publicaba artículos y libros; organizaba encuentros; conducía tesis; era el motor de la revista *Signos*, a la que llevó tan alto; se relacionaba con investigadores de todo el mundo. Toda una obra admirable, muy admirable.

Hay algo muy hermoso en esa línea, esa posta que llevó de Marianne Peronard y Luis Gómez Macker a Giovanni; una especie de herencia de la que Giovanni estaba orgulloso y que acrecentó enormemente con su quehacer. Otros que fueron sus colaboradores y discípulos pueden precisar con detalle todo lo que hizo y todo lo que ayudó a surgir y desarrollarse. En especial, esa Escuela Lingüística de Valparaíso, tan espléndida y a la que dedicó su vida académica. Yo ahora lo veo, vestido elegantemente en un congreso, con esos colores vivos tan propios de él, sentado mientras escucha una ponencia, listo para lanzar una observación aguda, para preguntar. Y después, al poco, rato, en una mesa redonda; en un comité; en la reunión de un proyecto. Giovanni era incansable.

Con el paso de los días su partida duele más. Porque era joven todavía y tenía todavía tanto por entregar, por hacer. Es cierto eso de que debemos dar las gracias por haber tenido el privilegio de vivir los años que vivimos y experimentar la maravilla del universo, por haber tenido la oportunidad de ser, pero cuando se corta una vida que está en la cúspide de su expresión, entregando, creando, dándoles tanto a tantos, entonces la sensación de que la muerte ha sido injusta es más fuerte. Y se calma, un poco, cuando uno vuelve a ver su obra, sus discípulos y todo lo que escribió y está ahí, alimentando a otros, ayudándoles a crecer en

este amor común que tenemos por la lengua y por su estudio. Ahí, en esas cosas y sobre todo en esas personas, Giovanni sigue presente.

Giovanni era miembro correspondiente por Valparaíso de la Academia Chilena de la Lengua. Y colaboró mucho con ella. Con su partida, nuestra corporación ha perdido también a un integrante ilustre, querido y respetado por sus colegas.

La última vez que nos encontramos fue el año pasado en el Congreso Internacional de la Lengua Española en Córdoba, Argentina, donde se reunían representantes de todas las academias de la lengua española. Como siempre, Giovanni estaba entusiasta, vital. Participando en reuniones y charlas. Vestido a la moda, riéndose fuerte, compartiendo ideas.

Ahora, cuando pienso en él y veo hacia atrás lo que ha hecho, recuerdo al buen siervo de la parábola de los talentos, que hizo fructificar lo que se le había entregado. No recibió poco, porque tenía muchísima inteligencia y una gran voluntad, y una formación espléndida gracias a sus maestros. Pero hizo tanto con eso, fue tanto lo que hizo crecer y multiplicarse, que ahora no puedo sino darle gracias y sumarme a las gracias que tantos le han dado. Gracias por haber estado con nosotros y por haber contribuido como pocos por la lingüística no solo en su querida Católica de Valparaíso, sino en Chile.

Gracias, querido Giovanni.

Un abrazo a tus colegas, a tus discípulos, a tus estudiantes de ahora y de antes. Y un gran abrazo a tu familia.

Te extrañaremos.

Guillermo Soto Vergara
Academia Chilena de la Lengua y Universidad de Chile